

SUPER-YO Y VIDA MORAL.

UNA VALORACION TOMISTA DE LA HIPOTESIS PSICOANALITICA

No interesa, a los fines de esta valoración de la hipótesis freudiana del Super-yo, entrar en el detalle de la génesis y evolución del concepto.¹ Nuestro análisis debe dirigirse, nos parece, a la verosimilitud psicológica de un soporte no-consciente de la moralidad. ¿Existe en el psiquismo algo semejante al Super yo freudiano? Adelantaremos la respuesta que, personalmente, nosotros mismos nos hemos dado después de un estudio de varios años, tanto teórico como empírico, es decir, tanto fruto de una observación psicológica prolongada como de una indagación teórica. Ambas, por lo demás, como es obvio, se han ido retroalimentando y corrigiendo.

Nuestra conclusión, que sometemos a la crítica, es que la hipótesis psicoanalítica del Super-yo, más allá de severas correcciones ineludibles, constituye uno de los descubrimientos mayores de la psicología llamada profunda. La idea estructural-dinámica de la mente se ha enriquecido con ella, y, a nuestro juicio, no hay inconveniente en aprovecharla en la visión psicológica aristotélico-tomista.²

1. *La instancia super-yoica*

Ante todo digamos que no es necesario aceptar la concepción freudiana del inconsciente y la génesis del Super-yo a partir de la evolución de la libido, como fruto de la resolución del complejo de Edipo, para rescatar lo rescatable del concepto de Super-yo. Interesa, en cambio, iluminar mediante la apelación a este concepto una parte poco clara del comportamiento humano que genéricamente se engloba como conducta "moral" o del deber ser.

El Super-yo puede concebirse como una función psíquica que, a manera de indicador de raíz no-consciente, señala al yo consciente lo que debe o no debe aceptar en sus inclinaciones y en su conducta desde el punto de vista de lo conveniente o inconveniente, bueno o malo, bello o feo, puro o sucio y sus matices. En efecto, este censor de raíz no-consciente se extiende a una amplia gama de valoraciones, desde los gustos o la higiene, a lo estético o lo ético.

¹ Una crítica a la concepción freudiana del Super-yo en Igor A. Caruso, *Bios, Psique, Persona*, Gredos, Madrid, 1965, pp. 183 y ss.; 201 y ss.

² Debemos aclarar que nuestra posición no se vincula con la de Charles Odier en su *Les deux sources consciente et inconsciente de la vie morale*, Ed. de la Baconniere, Boudry, Suisse, 10^a ed., 1968, aunque no negamos, por cierto, interés a esta obra, un tanto antigua (1943).

Insistimos en su *raíz no-consciente*, por un lado, aunque apunte a regular la conciencia yoica, y en su carácter *constrictivo* que puede permanecer oscuro para el sujeto. Nos preocupamos en insistir en que su *raíz* es no-consciente, no siempre sus efectos, o influjo, y que para nosotros, además, el carácter de no-consciente no supone lo mismo que ser inconsciente al modo freudiano. También es relevante insistir en la índole coercitiva de la acción del Super-yo. Este exige *bajo pena*, como la ley. Su papel es el de apuntalar al yo señalándole los límites de lo aceptable (función de alerta moral mal llamada consciencia moral por los psicoanalistas) y de inhibir y punir las conductas y aun las pulsiones “desviadas”. Esto lo hace inicialmente mediante el temor o angustia e inmediatamente con el sentimiento de culpa.³ Los psicoanalistas le atribuyen la función de creador de ideales, pero nosotros no analizaremos aquí este tema. Las dos primeras funciones son las más claras y relevantes para nuestra concepción del psiquismo. En cuanto al sentimiento de culpa, conlleva la necesidad o exigencia de purificación o autocastigo. Sabemos que los psicoanalistas han visto a menudo en la enfermedad (incluso en toda enfermedad) la expresión de la necesidad de castigo impuesta por el Super-yo.⁴

2. Nuestra concepción del Super-yo

De todo lo anterior nosotros quisiéramos rescatar algunos elementos válidos.

Fenomenológicamente, es decir, sin pretensiones causales, la función super-yoica se nos aparece como esencial en el psiquismo humano. Hay en las zonas marginales de la vida espiritual, es decir, en ámbitos no-conscientes, dinamis-mos del sensorio interno que comprometen la afectividad, la imaginación, la *catexia* o estimativa y cuya función es sostener la conducta “moral” mediante *hábitos* forjados por influjo del condicionamiento social del hombre. Tales hábitos se ubican en la parte biopsíquica de la cogitativa, es decir, de la potencia orgánica puente con la espiritualidad. El rol de esta facultad en este caso apunta a dar una base o sostén de hábitos sensibles a la conciencia moral, estética, etc. Allí reside, asimismo, el trasfondo *emocional* del *sentimiento de culpa* y las pulsiones purificadoras y punitivas. La buena educación de esta instancia psíquica y su armonía con la parte racional superior de la persona, son condición fundamental de una vida psíquica y moral sólidas y equilibradas.⁵

³ Freud desarrolló la teoría ya en 1926, en *Hemmung, Symptom und Angst*, London, Gesamte Werke, Imago Publ. Co., 1940-1952. Ed. Franc. *Inhibition, symptôme et angoisse*, Paris, P.U.F., 1951. Ed. cast. de López Ballesteros, Ed. Americana, Buenos Aires, 1ª ed., 1940, t. XI, p. 5.

⁴ Cf. ABUCHAEM, J., en *La Nación*, Buenos Aires, 24/6/87, quien lo afirma y se remite a su libro *Síntoma y angustia. Estudio psicoanalítico*, 1981.

⁵ Los procesos psicofisiológicos subyacentes al funcionamiento del Super-yo hallan en el modelo de aprendizaje construido a partir de los aportes reflexológicos y conductistas una mejor comprensión. El modelo no agota, obviamente, la teoría disponible sobre aprendizaje. Un buen resumen, en Pinillos, J. L., *Principios de Psicología*, Madrid, Alianza Ed., 1975. El Padre L. Castellani valoró en su momento el aporte de Pavlov y su escuela (Cf. nuestro artículo “Epistemología e ideología en ciencias humanas”, *Ethos*, Buenos Aires). Además del aporte reflexológico y conductista, lo que hoy se sabe del funciona-

Para que no se piense que estamos aludiendo a una función psíquica que escape a la observación común, y que para sorprenderla en su actividad haya que recurrir a procedimientos sofisticados, consideremos que acciones semi-compulsivas se realizan continuamente en el comportamiento ordinario: Fulano tiene la manía de apagar las luces; aquella mujer no puede ver que nada se desperdicie e importuna a los comensales para que terminen sus raciones; Mengano se lava las manos a cada rato; Perengano no puede soportar el menor desorden en sus cosas, etc. Dicen que los anglosajones necesitan emborracharse para divertirse (es al menos algo que repiten los latinos); en Alemania muchos creían que el entusiasmo de la multitudes argentinas en el campeonato mundial de fútbol '78 se producía gracias a la ingesta de alcohol.

Pero veamos más de cerca el comportamiento de esta instancia psíquica de control.

3. *El funcionamiento*

Así entendido, el Super-yo desempeña la función de equilibrar la dependencia del yo respecto del placer sensible. En términos de la Escuela, la *vis concupiscibilis* es moderada por la *vis irascibilis*. La psiquiatra holandesa Anne Terruwe ha hecho un análisis muy interesante al respecto.⁵ Cuando la función moderadora se independiza automatizándose, el sujeto se inhibe ante la presencia del placer sensible. Aparecen entonces los famosos escrúpulos, el sentimiento indebido de culpa, la necesidad morbosa de purificación y de castigo. El psiquismo ha generado un mecanismo que la parte consciente y voluntaria no controla. Es la típica personalidad reprimida y/o compulsiva.⁶ Eros ha sido debilitado por pasiones contrarias, fundamentalmente el temor. En términos psicoanalíticos el Super-yo se alarma frente a las pulsiones del Ello y se pone en movimiento para reducirlo.⁶ Si esta acción inhibitoria se autonomiza res-

miento cerebral mejora la comprensión de la parte orgánica o causa material de los fenómenos mnemónicos, de aprendizaje, actitudinales, etc., debidos a los sentidos internos y que permanecen en zonas no conscientes del psiquismo. Hemos resumido algo de todo esto en "Las bases biopsíquicas de la vida humana", *Gladius*, Buenos Aires, N° 3, 1985.

⁵ *The Neurosis in the light of Rational Psychology*, P. J. Kennedy and Sons, Nueva York, 1960 (esta obra parece estar totalmente agotada, según nos informan de Holanda); también *Psychic Wholeness and Healing*, Albu House, Nueva York, 1960. En Español contamos con un interesante aporte de la Dra. Terruwe, *Cristianismo sin congoja*, Ed. Paulinas, 1971. Nosotros traducimos y comentamos el Art. de Theresa M. Crem, sobre la obra de Terruwe, "Una explicación tomista de la neurosis", *Laval Théologique et Philosophique*, Vol. XXIV, N° 2, 1968, en los *Cuadernos de Psiquiatría*, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 1969, N° 7 y 8.

⁶ "La obsesión más que cualquier otro trastorno psíquico ha dado lugar a vastas especulaciones sobre el papel del super-yo". "Los temas del autocastigo y del sentimiento inconsciente de culpabilidad..." han cobrado enorme importancia en el psicoanálisis (DALBIEZ, R., *El método psicoanalítico y la doctrina freudiana*, Desclée, Buenos Aires, 1948, t. I, p. 449).

⁶ La fuerza de la compulsión no radica tanto en el automatismo cuanto en la angustia de no cumplir el gesto o rito, de no someterse a la orden interior. Es decir, el carácter compulsivo de la tendencia toma fuerza de la emoción (miedo) más que del hábito (inclinación a repetir).

pecto del control que sobre ella debiera ejercer la voluntad o apetito racional, la integración personal se ve afectada. Es la parte racional del hombre la que debe mantener bajo su imperio "político" (no despótico) a las fuerzas pasionales del concupiscible, con la ayuda del irascible, pero sin perder su preeminencia sobre ambos. Cuando el control superior cede ante los automatismos bio-psíquicos, la personalidad se ve amenazada en su equilibrio. Aparecen estados de ideación obsesiva y atonías afectivas (represión del concupiscible o Eros). Esta última es una suerte de anestesia de las emociones concupiscibles originando aridez, sequedad, frialdad y frigidez. La tiranía del Super-yo compulsivo provoca, además, por rebote, ira y agresividad. Pueden surgir sentimientos de culpa, incluso afán compulsivo de purificación y autocastigo. Paradójicamente, por esas ambivalencias psíquicas tan comunes, el afán punitivo puede ser tal que, satisfecho, provoque placer, con lo que hacen su aparición las tendencias masoquistas.

La agresividad o irascibilidad generadas por la compulsión del Super-yo se dirige inicialmente contra el propio yo (intropunición), pero puede hacerlo luego hacia fuera, por autodefensa, y convertirse en extropunitiva. Es decir, pasamos, eventualmente, de la dirección masoquista a la dirección sádica, cuando el concupiscible o eros se mezcla de irascible o agresividad. Digamos al pasar que nos preocupa seriamente el aparente incremento de las perversiones sado-masoquistas en las actuales formas de "liberación sexual" de nuestra cultura.

4. *Super-yo y sociedad*

No podemos aquí más que aludir a la importancia del Super-yo en el funcionamiento de la sociedad. Durkheim intuyó que la sociedad constriñe a sus miembros a asumir ciertos comportamientos. Gracias a que la mayoría sigue esta constricción las sociedades funcionan y se mantienen, relativamente, en el tiempo. El poder constrictor de la sociedad está en el cerebro de sus miembros y no es otro que el Super-yo freudiano, vendrá a decir Talcott Parsons.⁷ Durkheim, el sociologista, reconocía que "la sociedad sólo existe en la mente de los individuos". Pero de esto es imposible hablar aquí.

Santo Tomás señaló, con su admirable brevedad y clarividencia, una función del psiquismo que hoy llamaríamos *internalización* de la cultura en la que el Super-yo juega un decisivo papel. Cuando el Doctor comprueba que hay gente que no ve necesaria la demostración de la existencia de Dios, pues les parece evidente que Dios existe, dice que tal opinión proviene en parte de la costumbre de oír e invocar el nombre de Dios desde el principio. La costumbre, y sobre todo la que arranca de la niñez adquiere fuerza de naturaleza; por esto sucede que admitimos como connaturales y evidentes las ideas

⁷ *Apuntes sobre la teoría de la acción*, Amorrortu, Buenos Aires, 1970, Cap. 1.

⁸ *Contra Gentes*, I, C. 11.

de que estamos imbuidos desde la infancia.⁸ Como se ve la fuente de tal evidencia no es consciente, proviene de otro nivel psíquico, más allá de la "inteligencia" de la cosa. Análogamente sucede con las valoraciones.

5. *Las formas caracteropáticas (o benignas)*

Sea bajo la forma obsesiva, sea bajo la forma de inhibición afectiva, las caracteropatías originadas en el Super-yo plantean problemas a la vida social y moral, en la dificultad que entrañan para entrar en relación con los valores, para la vibración frente a su llamado, para lo que podríamos llamar su vivencia completa, que normalmente incluye un *ingrediente afectivo* o, al menos un *referente* de tal índole. En una palabra, el ingreso al *Ordo amoris* que la inhibición de Eros puede hacer difícil.

Los escrúpulos por un lado y el ritualismo formalista son la otra caracteropatía típica de la compulsión Superyoica. Tanto en el caso anterior de la inhibición afectiva (llamada por A. Terruwe neurosis de frustración) como en el de la personalidad obsesiva, la vida espiritual se hace difícil. En ambos casos (que se pueden dar juntos) la inmadurez moral dificulta el desarrollo personal.⁹

La insuficiencia afectiva es, desgraciadamente, común en personas educadas en ambientes religiosos rigoristas y no es difícil hallarla en quienes se formaron antes de los años '60. A veces se la encuentra como "formación reactiva" y el sujeto se rebela contra aquella educación. Estas personas suelen, *ideológicamente*, pasar del jansenismo al progresismo.¹⁰ También pueden adherirse a actitudes rigoristas, hoy bastante extemporáneas. La inhibición afectiva dificulta enormemente la vida social de estas personas y aún su vinculación con los animales, las cosas, y, sin duda, con Dios. En sacerdotes la inhibición

⁹ Generalmente se espera de una educación rigorista un Super-yo también riguroso, pero Freud observó ya que el Super-yo puede adquirir esa inflexibilidad aun en casos (aparentes) de educación benigna, que haya evitado excesivas amenazas o sanciones. El tema es complejo. También Freud alegaba que no es la actitud manifiesta de los padres lo que se hereda, sino su Super-yo inconsciente. Nada de esto podemos discutir aquí. Diremos sólo que el Super-yo no puede ser analizado sólo en sus formas (rígido-flexible) sino en sus contenidos y en su relación al yo (fuerte-débil). Un esquema o modelo tipológico de base podría ser:

YO

SUPER-YO	RIGIDO	FUERTE	DEBIL
		Personalidad Fuerte. Dureza.	Personalidad reprimida. Obsesiva. Depresiva.
	FLEXIBLE	Personalidad Egoísta. Irresponsabilidad	Personalidad anómica. Errática.

¹⁰ PITHOD, A., *Jansenismo y progresismo en la conciencia cristiana actual*, UCA, Mendoza, Serie Ensayos, 1967. También en colaboración, *La quimera del progresismo*, Cruz y Fierro, Buenos Aires, 1981.

puede llevarlos a creer que su origen es el celibato, pero como bien observa Terruwe¹¹ el matrimonio no resultará para ellos una solución feliz, por sus dificultades en entablar un contacto personal y sensible con la mujer. Será la aridez el triste signo que presida sus vidas en todas direcciones.

En realidad la inhibición afectiva tiene su raíz última en una desprotección *originaria* del yo respecto del afecto, particularmente maternal. Pero se presenta más marcada y más grave si el Super-yo que se formó luego resultó demasiado rígido y coercitivo. Aparecen entonces no sólo los síndromes afectivos inhibitorios, sino los *obsesivos*.

No todas las formas de escrupulosidad son negativas, ciertamente. Aquí nos referimos a las que perturban la vida interior y exterior.

6. *Las formas neuróticas graves*

Veamos en un caso dramático los extremos que pueden alcanzar las tendencias obsesivas fomentadas por una educación represiva.

En una sugestiva obra de divulgación el psiquiatra norteamericano M. Scott Peck¹² presenta un caso que puede ilustrar, por su carácter extremo, lo que venimos tratando. El autor comienza señalando que su caso, cuyo nombre figurado es Kathy, fue la persona más aterrorizada que haya conocido. La encontró en un estado casi autista, en pleno colapso. Scott Peck tarda mucho tiempo en rehabilitar a esta persona. Para ello fue necesario ir rompiendo vallas. Temor cervical al pecado, al castigo de Dios por haber pecado, sexualidad no inhibida, sino insatisfecha en su relación marital y orientada a otro hombre que su marido; esta tentación la hace rezar compulsivamente para evitarla; el impulso sexual se torna entonces también obsesivo y aparece un brote masturbatorio; esto la sume en más y más terror. Al fin cede y va en busca del hombre que cree amar. No lo encuentra. Cuando advierte lo que está haciendo, cree enloquecer. Dios le dará muerte por su pecado. En este estado la halló Scott Peck cuando lo llamaron a atenderla.

La larga psicoterapia descubre al fondo de este ser la imagen de una madre dominante y fría, un padre sin carácter ni relación afectiva con la hija, y, tras la madre, la imagen de la Iglesia, el pecado, la condenación eterna, el Dios vengativo. Al fin de la psicoterapia, Kathy va siendo dueña de sí misma, pero a costa de divorciarse de su marido (un homosexual reprimido), de no considerarse más católica y de sentir que el tema de Dios simplemente ya no le parece importante.* Scott Peck no deja de hacer un reproche a la educación religiosa que recibió Kathy, no sólo de parte de la madre posesiva, sino del

¹¹ *Cristianismo sin congoja*, op. cit., pág. 53.

¹² *La nueva psicología del amor*, Emecé, Buenos Aires, 1986, p. 204 y ss. Esta obra, que no podemos aprobar en todas sus partes, será no obstante muy útil a lectores formados. El autor no puede ser considerado freudiano, ni siquiera estrictamente psicoanalista.

ámbito eclesial que frecuentó tantos años. “Como el caso de Kathy es tan típico y común —dice el autor— muchos psiquiatras y psicoterapeutas ven a la religión como el enemigo”. La queja no nos parece acertada (no es tan inocente la irreligiosidad de muchos psicólogos) y, queremos creer, está desactualizada. Pero este drama vale para ilustrar nuestro tema.

Scott Peck, tal vez para compensar la impresión que puede dejar el caso de Kathy, presenta a continuación el de una joven que, mal criada por padres intelectuales, ambiciosos, fríos y ateos, logran hacer de ella una persona bien irreligiosa y bien neurótica. La psicoterapia va, de nuevo, derribando vallas, a dejar paso a un sereno impulso hacia Dios. Marcia —tal el nombre que identifica a esta joven— alcanza así una honda y espontánea religiosidad.

Veamos las cosas ahora desde otro ángulo.

7. Determinismo y libertad espiritual

En los niveles superiores del espíritu los “handicaps” psicológicos humanos se pueden transformar en ocasión para el crecimiento de la persona. Obviamente el ser humano, no son heroísmo, puede sacar bien del mal, y lo que fue un déficit convertirse en impulsor del progreso. Nada más bello, al respecto, que lo escrito por Victor Frankl en el primer capítulo de su *Teoría y Terapia de las Neurosis*.¹³ Es importante que los que sufren en su psique sepan que el núcleo de su personalidad permanece, a pesar de todo, intocado, aun en psicosis graves. Allí en ese núcleo del ser se halla su *actitud básica* y desde allí podrán resistir en cuanto persona espiritual la afección psíquica y mantenerse de algún modo fuera del acaecer casi determinístico que los atormenta. Se puede estar enfermo con el cuerpo y la psique, pero no con el espíritu.¹⁴ Que un hombre se distancie de su enfermedad o sus taras —y seguimos glosando a Frankl— mientras otro sucumba a ella, no depende de lo biopsíquico sino de la persona espiritual. Frankl nos convoca a apelar siempre a la potencia resistente del espíritu. El *homo patiens* está por encima incluso del hombre apto. De un modo secreto y oculto su vida está impregnada de sentido.¹⁵

Por ello, más allá de nuestros fracasos frente a los condicionamientos psíquicos, más allá del enfermo tal vez casi incurable que podemos ser se

* En cuanto a Kathy, el psicoterapeuta deja el caso en ese punto. La distinguida psiquiatra argentina, Dra. María Ana Ennis, de formación antropológica tomista, pensamos que hubiera intentado una reconstrucción de la relación de Kathy con lo trascendente (cf. *Psicoterapia Simbólica*, López Libreros, Ed., Buenos Aires, 1981, p. 244).

¹³ Gredos, Madrid, 1964.

¹⁴ Estrictamente, sólo el *pecado* enferma al espíritu, en cuanto tal, y este mal puede repercutir sobre el orden psíquico y biopsíquico. Cf. la *psiquiatría moral* de Henri Baruk (*Las terapéuticas psiquiátricas*, Paidós, Buenos Aires, 1961).

¹⁵ *Op. cit.*, p. 37.

halla lo espiritual del hombre que, como dice admirablemente alguien que conoce muy bien el espantable rostro de la dolencia mental, "está por encima de todo".¹⁶

Epílogo

Tras nuestro rápido paso por alguno de los meandros de la psicología llamada profunda, hemos emergido a la zona luminosa del espíritu, presente a sí mismo. Nosotros pensamos que el espiritualismo tomista no tiene reparos que oponer a una psicología que intenta saber algo más de ese "espíritu en su condición carnal", y que busca dificultosamente, en este caso de la mano del psicoanálisis, en las zonas no-conscientes del alma humana.

ABELARDO PITHOD

¹⁶ Id., p. 42.